

Obituarios a destiempo

Construir la realidad

Sealtiel Alatraste



Vladimir Nabokov



Lolita

2 de julio de 1977

Muere Vladimir Nabokov, el escritor de origen ruso, quien previamente había adquirido la nacionalidad norteamericana.

Si uno es dado a encontrar paralelismos en las biografías de los escritores (como si éstas encerraran una cuadrícula para comprender el destino de la literatura, o simplemente para descubrir en esas casualidades una cifra que revele el secreto de sus respectivas novelas) no puede pasar por alto el hecho de que Vladimir Nabokov muriera en la misma fecha, pero dieciséis años más tarde, que Ernest Hemingway se suicidara de un certero escopetazo. Los dos, con estilos distantes, habían dado brillo a la novela norteamericana del medio siglo; el último con una narrativa dura, de frases cortas y diálogos de ritmo ve ruginoso; y Nabokov con relatos en los que abundantes juegos de palabras

parecían sugerir la existencia de personajes alucinados; los dos, como si quisieran mostrar que la vida del americano medio oscilaba entre la valentía y la desvergüenza. Si *Lolita* es —más que una descripción despiadada de la pasión que puede despertar en un hombre culto una adolescente vulgar— la burla descarada de la jerga con que la justicia norteamericana enfrenta sus vicios; *El viejo y el mar* sería la oda a la inocencia perdida con que la sociedad querría ocultarlos.

Por ello mismo, no deja de ser curioso que fuera el narrador ruso, y no el norteamericano, quien diera a la luz la mejor novela que se escribió en inglés durante la llamada Guerra Fría. A Nabokov, tan dado a los efectos de espejo, esta circunstancia le debió parecer premonitoria de la fama que adquirió con los años.

Sartre afirmaba que Nabokov tenía el deseo del emigrante por derribar todo lo que había construido. Quién sabe qué habrá

querido indicar con una afirmación tan desmesurada, pero tengo la impresión de que se equivocó de cabo a rabo. Habiendo huido de su natal Rusia en 1919, el joven Nabokov terminó la educación exquisita, que había iniciado en San Petersburgo, en el Trinity College de Cambridge. Residió durante veinte años en Francia y Alemania escribiendo novelas en ruso (que publicó con el seudónimo de V. Sirin). La versión que él le dio al famoso entrevistador francés de aquellos años, Bernard Pivot, tiene mucho de nostalgia y otro tanto de ironía: “Cuando pienso en aquellos años de exilio me veo a mí y a miles de rusos blancos llevando una vida extraña pero nada desagradable. Vivíamos en la indigencia material y el lujo intelectual, entre aborígenes más o menos ilusorios, franceses o alemanes con quienes mis compatriotas no tenían el menor contacto. Pero de vez en cuando aquel mundo espectral donde exhibíamos nuestras heridas y

placeres era presa de terribles convulsiones que nos mostraban quién era el cautivo desencarnado y quién era el amo. Eso ocurría cuando teníamos que prorrogar unos diabólicos carnés de identidad, u obtener, cosa que tardaba semanas, un visado para ir de París a Praga, o de Berlín a Berna. Los emigrados ya no eran ciudadanos rusos, y la Sociedad de Naciones les daba un pasaporte llamado Nansen, un papelote que se rasgaba cada vez que lo desplegabas. ¡Pero no todos nos resignábamos a ser bastardos o fantasmas! Pasábamos de Menton a San Remo, por ejemplo, tan tranquilos, por senderos de montaña, conocidos por cazadores de mariposas y poetas despistados. La historia de mi vida, pues, se parece menos a una biografía que a una bibliografía: diez novelas en ruso entre los veinticinco y los cuarenta años, y ocho novelas en inglés entre los cuarenta y ahora. En 1940 salí de Europa para ir a América y hacer de profesor de literatura rusa. De pronto me descubro una incapacidad total de hablar en público. Por tanto, decido escribir por adelantado más de cien conferencias anuales”.

Casi sin saber cómo, cambió su lengua natal, regresó al inglés que había aprendido en su infancia para convertirse en uno de los escritores más significativos del siglo xx. Aquellas primeras narraciones que escribió quedaron como ejercicios de estilo y sólo eran conocidas por sus compatriotas que seguían vagando por una Europa enrarecida, anhelando siempre las grandes estepas de su país, y sobre todo, como el mismo Vladimir decía, la libre, rica e infinitamente dócil lengua rusa.

Las conferencias sobre literatura que Nabokov dictaba en los Estados Unidos, revelan sus controvertidas ideas sobre el arte, pues creía firmemente que las novelas—las grandes novelas que él había escrito—no deberían buscar lo didáctico, y que los lectores deberían, a su vez, buscar no sólo simpatizar con los personajes, sino derivar una apreciación estética a través de la atención a los detalles de estilo y estructura. Para ninguno de sus lectores es un secreto que Nabokov detestaba las ideas habituales sobre el arte narrativo. Al hablar sobre el *Ulises* de Joyce, por ejemplo, insistía a sus alumnos en que tuviesen a mano un mapa de Dublín para seguir las peripecias de los personajes, antes que hablarles sobre la compleja historia irlandesa que muchos críticos creían ver como esencial para comprender la novela. Por esto, sus detractores le reprochaban ser un esteta más que un narrador *de carne y hueso*, y la excesiva atención que demandaba al lenguaje y al detalle antes que al desarrollo del carácter de los personajes.

Entre las muchas cosas que llaman la atención de este soberbio escritor ruso es que hubiera dedicado los últimos años de su vida a traducir al inglés esas novelas de su juventud europea. Novelas de elite, de introspección fantástica, que querían dar forma a un mundo perdido en la medida que, paradójicamente, creaban uno nuevo. Para cuando se impuso esta tarea, Nabokov ya era un escritor famoso y *Lolita*, *Ada o el ardor*, y *Pálido fuego*, se podían contar entre los clásicos pero, por motivos que a nadie le quedaron claros (a pesar de que prologó cada una de sus traducciones), decidió abocarse

a una tarea que a muchos les hubiera parecido monumental o, incluso, inútil. ¿Qué sucedió?, ¿perdió el aliento épico de los últimos años?, ¿le pareció ridículo seguir bordando un mundo que había nacido en relatos apenas conocidos? Lo he imaginado muchas veces en su casa, después de sus clases de Harvard o descansando de una de sus famosas salidas para cazar mariposas (era también un lepidóptero consumado), sentado en un sillón, tratando de imaginar un nuevo relato. De repente, vuelve la mirada a su librero y descubre los tomitos de sus queridas novelas rusas. Se levanta, toma alguna, murmura su título, *Zashchista Luzhina*, lee algunas páginas, y aquel mundo de su vagar europeo regresa a su cabeza; recuerda las calles frías de París, los atardeceres grises de las ciudades alemanas en las que vivió; los grupos de exiliados reunidos, en torno a un samovar, hablando de la gloria perdida de San Petersburgo; recuerda su infancia, las caminatas con su padre por las calles nevadas de su ciudad natal, tan bien descritas en esa novela que tiene entre las manos. Repite el título, y se da cuenta que el nombre del personaje, *Luzhina*, rima con *illusion* si se pronuncia la *u* suficientemente abierta. Toma entonces la decisión de regresar a aquel mundo que tramó su *alter ego*, V. Sirin, de la única manera que sabe hacerlo: con el nuevo lenguaje que le ha dado la vida.

Sartre se equivocó al juzgarlo, no derribó nada, sino que llevó a cabo una de las hazañas literarias del siglo xx: reconstruir la realidad en otra lengua. Ése podía ser el epitafio de su tumba: Yace aquí un hombre que construyó la realidad en todas sus lenguas. **U**

No deja de ser curioso que fuera el narrador ruso quien diera a la luz la mejor novela que se escribió en inglés durante la llamada Guerra Fría.